

## CAPITULO XXXII.

## CAPITULACION.

A las diez de la mañana del siguiente día se suspendieron los fuegos en la plaza, y volvió á aparecer la bandera blanca en el mismo fortin de la noche anterior. Entónces fué mandado Caravantes para que se informara de lo que sucedia; pero como iba á caballo, en pantuflas y con un rifle en la mano, no se le dejó acercar, creyéndose que llevaba un aspecto demasiado marcial, sobre todo con las pantuflas, y se mandó que fuera otro oficial. Recuerdo que Corona me prohibió que me encargara de esta comision, temiendo que hubiera algo de perfidia en aquellas maniobras del enemigo. Las proposiciones que hizo este á nuestro comisionado eran inaceptables: queria de-

jarnos la plaza, pero saliendo de allí toda la fuerza para el interior, y con prohibicion de que se le hostilizará hasta llegar á Guanajuato. Por supuesto que nosotros habiamos de formar nuestro ejército á los lados del camino para que pasara por delante el contrario con bandera desplegada y tambor batiente.

Por supuesto tambien que nosotros no habiamos recorrido tantas leguas de un sendero tan trabajoso para dejar escapar una presa que teniamos segura entre las manos, no tanto por nuestra superioridad numérica que no existia, cuanto por nuestra superioridad moral, que es la que más vale en la guerra: se le contestó, por consiguiente, al gefe de la plaza que iban á continuar las hostilidades, pues que ya todo estaba listo para emprender el asalto á las fortificaciones.

El resto del dia se pasó en pláticas, porque para que se verificara cada una teniamos que perder tres horas en dar toques y en hacer señales. Por la noche se sostuvieron pequeños tiroteos en diversos puntos de la línea, y por la mañana amanecimos ya en actitud de asaltar la plaza.

Esto desconcertó completamente al enemigo, lo mismo que el vigor y la tenacidad que habian mostrado algunos de los nuestros durante la noche, llegando hasta disparar sobre las mismas murallas sus pistolas y rifles. Tocó parlamento luego que apareció la primera luz en el Oriente, y aceptó la capitulacion que desde ántes le habiamos estado ofreciendo. Los términos de esta capitulacion eran: 1.º Entregar la plaza. 2.º Entregar sus tropas con todo y oficiales, á discre-



cion. 3.º Entregar las armas, municiones y cuantos elementos de guerra tuvieran en su poder. En cambio se otorgaba al general Chacon y á los principales gefes que estaban á sus órdenes, la gracia de ir escoltados por trescientos hombres, que ellos mismos escogerian en la guarnicion, pudiendo esta fuerza llevar bandera desplegada y tambor batiente.

Una vez aceptadas y firmadas las bases de esta capitulacion, nos retiramos los que tuvimos intervencion en ella, nombrando el general Corona las comisiones militares respectivas que entraron dentro del radio fortificado á recibir los efectos de guerra y los prisioneros, lo mismo que los archivos del poder civil. Me nombró á mí para que recibiera la Aduana marítima del Manzanillo, cuya oficina estaba radicada ántes en Colima, y como era natural que sucediera en tales circunstancias, no habia en las cajas de ésta ni una peseta, no obstante que algunos buques acababan de pagar sus derechos.

Lo primero que ví al entrar á la plaza de Colima, á propósito de fondos, fué unos grandes carteles pegados en las esquinas, impresos con gruesos caracteres, y que contenian el siguiente recitado que me produjo calosfrio:

«Habiéndose fugado de esta plaza el Prefecto Político, coronel D. José María Mendoza, llevándose todos los fondos de la administracion pública, esta Comandancia militar previene á todas las autoridades, así civiles como militares del Departamento, que aprehendan á dicho individuo en donde quiera que se encuentre, á fin de que sea castigado con todo el rigor

de las leyes, por el delito de robo de las rentas públicas, y por el de desercion al frente del enemigo.— Chacón.»

Quedaba, pues, plenamente confirmada la opinion que yo ántes habia formado de aquel villano Prefecto que tan bien sabia atropellar á las mujeres é injurialas, esto es, que no pasaba de ser un canalla.

Se recibió la plaza de la mejor manera que se pudo, siendo custodiados los fortines por las fuerzas nuestras que tomaron posesion de ellos, y las tropas de Chacon acuarteladas para evitar una colision. El resto de nuestro Ejército se formó por el rumbo de la salida para Guadalajara y calles principales junto al jardin Núñez, para presenciar el desfile de Chacon, sus generales y coroneles y sus trescientos hombres de escolta. Yo ya les habia visto organizar su marcha en la plaza, y me habia vuelto al edificio de la Aduana.

Apenas acabábamos de llegar allí Crispin Medina y yo con otras personas que nos acompañaban, cuando oimos tiros de fusilería, gritos y movimiento por el rumbo de la plaza: carreras de personas que venian desaforadas diciendo á voces que cerraran las puertas.

Teniamos nuestros caballos ensillados, y corrimos á informarnos de lo que pasaba. Al cruzar por una bocacalle, salió á mi encuentro el general Bibiano Dávalos, que tenia la custodia de un batallon con algunas compañías del que mandaba, y cuyos prisioneros estaban alborotados, asomándose por las ventanas del cuartel reforzadas con rejas de hierro, y suplicándome que me detuviera, me dijo:

—¿No sabe Vd. lo que hay?



- No.  
 —¿Qué cree Vd. que debo hacer?  
 —¿Qué es lo que le han ordenado?  
 —Custodiar este cuerpo prisionero.  
 —Entonces debe Vd. permanecer allí.  
 —¿Suceda lo que suceda?  
 —Exactamente.  
 —Un favor, coronel, dijo haciendo un ademán para contenerme.

Era llamado indistintamente coronel ó licenciado por mis compañeros, los cuales, según pude observar, me encontraban muy joven para lo primero y muy de armas para lo segundo. Detuve el impulso que hizo mi caballo para salir á la carrera.

—Diga Vd., le contesté.

—El general Chacon y los gefes que le acompañan son amigos míos. Por Dios se los recomiendo á Vd. para que interponga su influencia con el general Corona á fin de que no les pase nada desagradable.

Llegamos á la plaza, y pudimos informarnos de lo que pasaba. Allí se encontraba ya el general Corona, el general Chacon, y gefes y oficiales de unos y otros confundidos, y todos con las pistolas empuñadas, después de un pequeño escándalo promovido por las fuerzas que iban escoltando á Chacon, las cuales al franquear las murallas prorumpieron en gritos de «¡Muera el Imperio!» «¡Viva la República!» «¡Viva Corona!» y unos corrieron para la plaza disparando sus armas, dispersándose otros por las calles inmediatas tirando al aire. Esto introdujo la confusión que era natural

en esos momentos en que no falta un pusilánime que grite ¡traición! ¡fuego! ó cualquiera otra de las palabras que sirven para aumentar el pánico. Las gentes pacíficas corrian á refugiarse en sus casas lanzando gritos desahogados. Los cuerpos que habia cuidando las afueras se precipitaron dentro de la plaza ántes de que les fueran cerradas las puertas, y todos los nuestros que estaban ya dentro se pusieron sobre las armas, redoblando sobre los prisioneros la vigilancia que tenian prevenida.

Una vez aclarada la situación y aclarado que ninguno de los soldados que formaban la guarnición queria seguir prestando sus servicios al imperio, el general Corona dijo al general Chacon:

—¿Quiere vd. escoger otra escolta entre sus soldados?

—No tengo ya confianza en estos.

—¿Quiere vd. llevarse mi propia escolta?

—La de vd. general?...

Y Chacon examinó la fisonomía de Corona. Viendo en ella franqueza y lealtad, se apresuró á decir:

—Temería abusar de su generosidad.

El general Corona llamó al gefe de su escolta particular y delante de todos le dió órdenes para que fuera acompañando á Chacon y á los suyos hasta Guadalupe, Lagos ó el punto que ellos quisieran, yendo enteramente á su disposición y siendo responsable de la seguridad de todas aquellas personas.

De esta manera ya no salieron los vencidos con tambor batiente y bandera desplegada, pero si seguros de que llegarían sanos y salvos al punto á que se



dirigieran, sin temor de ser atacados por el enemigo ni de ser asesinados por los mismos suyos.

Fué el mejor desenlace que pudo tener aquel drama que tan á punto estuvo de ser uno de los mas sangrientos.

Una vez restablecida la tranquilidad en Colima se procedió á derribar las fortificaciones y á dar á la poblacion la vida y el movimiento que tanto necesitaba.

Los soldados prisioneros fueron refundidos en nuestros cuerpos y las armas sobrantes almacenadas.

Corona nombró gobernador del Estado á D. Ramon de la Vega. Hé aquí las opiniones que oí emitir respecto de este nombramiento: D. Ramon de la Vega era un escelente sujeto como particular, habia sido benéfico teniendo á su cargo la administracion de una fábrica de hilados y querido por consiguiente de una buena parte de la poblacion. Como político ni tenia principios fijos ni ofrecia garantías á la causa liberal para el porvenir. Ejercia el poder público cuando se anunció la intervencion y se espantó de tal manera que desertó del gobierno saliéndose fugado para el extranjero. Despues que Colima estuvo en manos del Imperio, volvió D. Ramon de la Vega é hizo todos los reconocimientos que se le indicaron.

Miéntas que esto pasaba en Colima, el general Márquez de Leon, que era realmante un leon en el combate, y sus cachorros, aquellos jóvenes militares sin tacha y sin miedo, Granados, Toledo, Salmon, Adolfo Palacio, etc., etc., tomaban á sangre y fuego la plaza de Zamora, perdiendo allí los amigos y sostenedores de Maximiliano muy ricos elementos.

Con estos últimos hechos de armas que manifestaban que la estrella de Corona estaba mas brillante que nunca, terminó la campaña de la intervencion en los Estados de Occidente, haciendo resplandecer de gloria la frente de nuestro caudillo.

A los seis dias de tomada la plaza de Colima se me anunció que habia un buque en el Manzanillo listo para darse á la vela para Mazatlan. Me despedí del general Corona y me dió el mando de una fuerza cumplida que debia licenciarse al regresar á Sinaloa.

Nuestra despedida fué tan tierna como cariñosa. Nos hicimos mútuas protestas de amistad, prometiéndonos entre otras cosas cultivar una correspondencia continuada.

—Aunque alguna vez no caminemos de acuerdo en política, me dijo estrechándome en sus brazos, nunca dejaremos de ser amigos personales.

Me hizo encargos particulares que juré en mi interior cumplir y cumpli fielmente: á la vez que él salia á incorporarse con sus fuerzas que habian tomado la delantera con rumbo á Guadalajara, yo salí para el Manzanillo al frente de mi pequeña tropa y de los nuevos empleados de la Aduana.

Senti oprimírseme el corazon y derramé algunas lágrimas..... me separaba de un amigo y me ausentaba quien sabe por cuanto tiempo de mi antiguo hogar.

Mi camino al Manzanillo fué sin embargo ligero gracias á que iba acompañado de varios de mis buenos amigos.

El buque en que debia embarcarme no estaba listo



para llevar toda la gente y tuve que esperarme unos días en el puerto. El empleado respectivo dijo al capitán:

—¿Por cuanto trasporta vd. de aquí á Mazatlan 150 licenciados?

El capitán del buque preguntó á su vez con asombro:

—¿Qué van á hacer á Mazatlan tantos abogados?

Se le esplicó que era tropa que habia cumplido su tiempo é iba á licenciarse.

Llegó el día en que debimos hacernos á la vela. Todos los empleados del puerto fueron á acompañarme hasta mas allá de la bocana. Allí nos abrazamos, bajaron á sus botes y desde léjos siguieron diciéndome ¡adios! con sus pañuelos.

Cuando los perdí completamente de vista, me dejé caer en un asiento abatido por la mas profunda melancolía. Me pareció que salia expatriado y evoqué cuantos recuerdos dulces y amargos me traian los años de mi infancia y de mi juventud pasados en la tierra natal.

—¡Que diablos! me dijo el capitán dándome una palmada en el hombro, á bordo de mi pailebot "El Pacifico" no se permite á nadie entristecerse.

### CAPITULO XXXIII.

#### EN SINALOA.

Al empeño que demostraba el capitán del buque por verme alegre, yo le contesté con las siguientes palabras:

—Capitán, le dije, abandono no sé por cuanto tiempo á mi tierra natal, Guadalajara, que fué la cuna de mi niñez, que fué donde se mecieron mis ilusiones más gratas, donde nacieron mis esperanzas más consoladoras y fueron también muriendo al soplo de los desengaños..... ¡y quiere Vd. que no me entristezca!

—Dice Vd. que ha sufrido allí?

—Es natural.

—¿Y siente venirse de Guadalajara!

—Pero es mi tierra que he amado tanto.... ¡y que amo tanto todavía!